

1923

LA DICTADURA DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA, PRIMER ESPADON DEL SIGLO XX

LA cosa de 1923 empezó como siempre, lo del golpe de Estado, o sea, aquí no se mueve ni Dios. Andábamos por las angustias de Marruecos, y el asunto del suplicatorio contra Berenguer, y que si los señores Gasset y Villanueva eran antibelicosos, total que don Alfonso

se hizo el longuís y el general Primo de Rivera lanzó desde Barcelona un manifiesto, con lo que se incautó del Poder sin más rodeos para salvar a España, hasta ahí podíamos llegar. Dijo que era un Directorio, pero aquello era una dictadura, o sea que nada de libertad, porque según el re-



belde con impulso soberano, la dictadura es una disciplina «recia y viril» —suspensión de garantías y derechos individuales, estado de guerra, supresión del Parlamento, derogación de preceptos constitucionales, censura de Prensa—, una tía guarra era la dictadura, y «El Debate» escribe una defensa calurosa de la censura de libros, aquel fin de verano llegó el fascismo. Noventa días de fascismo, habían dicho los responsables, pero cuando iban cuatro años y los rojos andaban por las catacumbas que no se podía dar un paso, el dictador hace lo de la Asamblea Nacional, seleccionando cuidadosamente a los asambleístas para la cosa unánime y por aclamación, a ti te lo debemos, que las Cortes de esta otra dictadura fueron tal cual. Como dijo el periodista Cuartero, que no era de Azaña, «la Asamblea es una larga dilación de la interinidad, una prórroga de la

dictadura íntegra». En la calor septembrina el fascio hizo su agosto, que «nuestra dictadura es un apellido, una persona», nihil novum sub sole, y va el célebre publicista e inserta un vaticinio de los de amos anda, dice que «si el general Primo de Rivera se retirase, ya no habría otra dictadura posible», lo que es la penetración y el arte de intuir. Entonces también había un desfile para conmemorar la cosa del golpe, y en 1928 allí estaba el dicta viendo pasar las armas que al darles el último sol estival alegraban al providente, que sorprendió a propios y extraños con este epifonema: «¡Cómo relusen, cómo relusen!». Y es que los dictadores se entretienen con cualquier cosa. ■ L.

